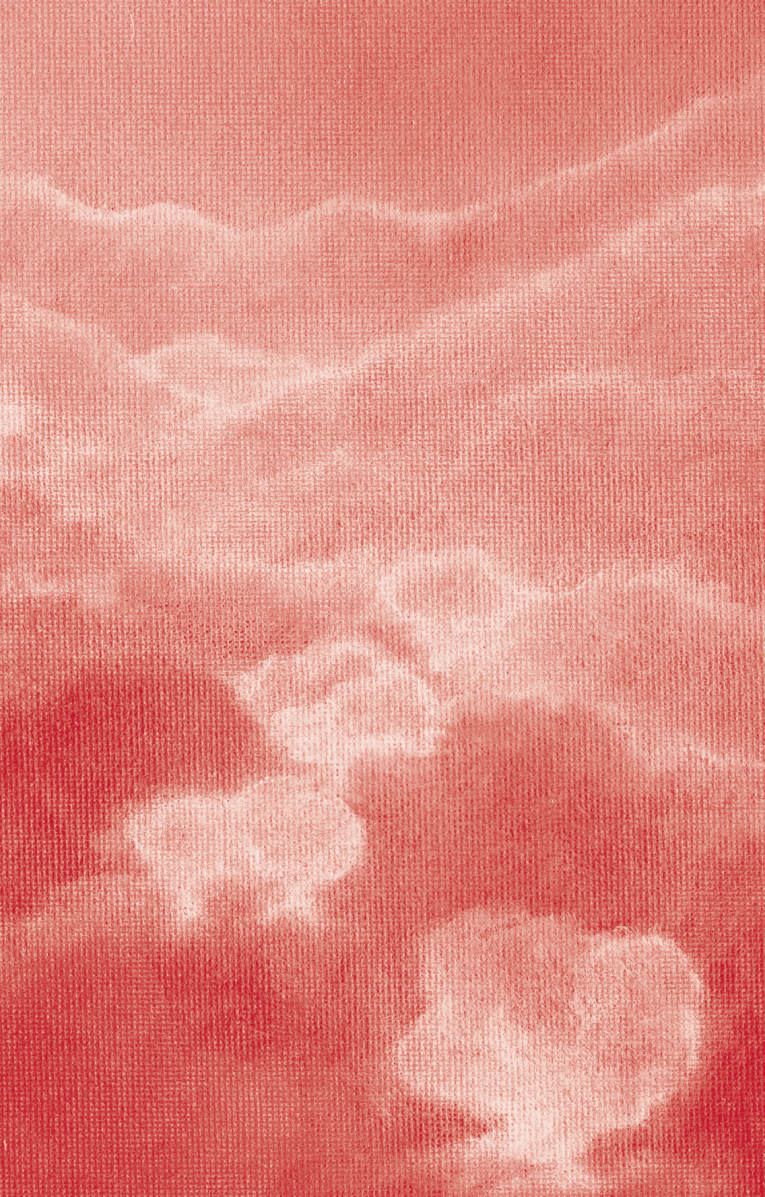


carolina

estoy viva
carolina



COLECTIVA
**ACTORAS
DE CAMBIO**



historias de vida

colectiva actoras de cambio

© colectiva actoras de cambio 2020
primera impresión 2011
segunda impresión 2020
coordinación amandine tulchiron
investigadora olga alicia paz
traductora carmelita chonay
transcriptora asunción telón
redacción maria josé pérez
edición chuy tinoco
diseño e ilustración laura sánchez cortés
impresión serviprensa

Gracias al apoyo de: **Fondation Pro Victimis**

Esta publicación puede ser empleada,
acreditando a la **Colectiva Actoras de Cambio**,
a favor de nuestra vida y libertad como mujeres,
aquí y en todo el planeta.



El corazón de la mazorca

Éramos cinco hermanas, cinco mujeres. Antes de nosotras mi mamá tuvo siete hijos varones pero murieron, fueron abortos o nacieron y se murieron. De nosotras primero nació mi hermana Teodora, luego nació Nicolasa, luego Antonia y la cuarta soy yo, la más pequeña de los que quedaron vivos.

De cuando era más pequeña no recuerdo, desperté más o menos a los diez o doce años, hasta entonces sentí, o sea que ya estaba viva, ya razonaba.

Desde que me acuerdo sufrí mucho, no había hombres, por eso teníamos que trabajar. Nos hicieron nuestras canastas con bejucos y recogíamos piedras para hacer un corral que atrapara el agua y para que saliera bien la milpa; nos llevaban a limpiarla, sembrábamos, buscábamos leña, la rajábamos, hacíamos nuestras tortillas. Teníamos piedritas pequeñas, ahí molíamos, no había motor. “Váyanse a jugar un ratito y cuando sean las dos de la tarde empiezan a moler. Aprendan para cuando crezcan”, nos decía mi mamá. A veces nos daba pereza tortear y decíamos: “que tortee ella”, y nos íbamos a jugar otra vez. Con mis hermanas me llevaba bien, sólo cuando se casaron fue que me dejaron.

En ese tiempo, en mi comunidad no había problemas ni había mucha gente, lo que sí es que había muchos perros: como era pura montaña, cada uno tenía ocho o diez; a cada poco pasaban los coyotes, y los perros los asustaban. Los que poblaron ese lugar fueron los hijos de mis abuelos, había solamente seis casas, una por loma. No había tienda, ni escuela, nada más como ocho personas recibían clases en una casita de paja.

Nuestra mamá nos metía a mis hermanas y a mí en el temascal para escondernos y que no fuéramos a la escuela porque decían que ahí pegaban; así era el modo de ella, nos daba nuestra comida, aunque fuera yerbita, no nos pegaba, nos

quería; si nos pegaba nos quejábamos con nuestro papá y la regañaba: “son mujeres y trabajan”, decía, y si de todas formas nos pegaba, a ella le pegaban en la tarde.

Fui una niña muy querida por mi papá. A mediados de año les compraban ropa a mis hermanas y a mí cada mes. Cuando mi papá me llevaba al trabajo, me amarraba sobre el caballo y los demás a pie se iban. A donde él fuera, traía dulces en su bolsa, le daba uno a cada una y cuando iban a alguna fiesta me llevaba en la espalda.

Mis papás se llevaron bien desde un principio, por eso tenían todo, pero de repente mi mamá empezó a tomar y comenzaron los problemas entre ellos. Lo que pasó fue que mi mamá se ponía triste al ver a los hijos varones de sus cuñadas y decía: “así estuvieran mis hijos”. Por eso que decía mi mamá yo también me sentía mal, en cambio mi papá no decía nada por tener hijas.

Ese cambio que mi mamá tuvo fue cuando yo tenía nueve años; ya no nos quería, no nos daba de comer, no nos hacía las tortillas ni nos lavaba la ropa. Le decía a mi papá: “lávala la ropa”, y mi papá iba a cargar el agua desde lejos antes de ir al trabajo para dejarla lista. Como nos bañábamos en temascal, nos decía: “ya fui a traer el agua, no se vayan a quemar. Báñense ustedes porque su mamá nunca lo va hacer, estén limpias”. Mi mamá se la pasaba bola y cuando mi papá llegaba, preguntaba: “¿ya comieron?”. “No”, decía mi mamá tirada en el patio. Una hermana nos hacía las tortillas, ella se volvió nuestra mamá: nos alimentaba, nos decía que cambiáramos nuestra ropa y que ella la iba a lavar.

Nosotras seguimos con nuestro trabajo de desgranar el maíz y de alimentar a los pollos. Mi papá decía: “son mujeres pero hay que enseñarles a trabajar”. Mi mamá ya no valía, por eso decía mi papá: “se van las tres conmigo, vamos a vender a Guatemala”. Nos íbamos a pie con nuestra carga, no aguantábamos nuestros pies porque estaba lejos y nos pegaban para que camináramos. Tres veces fui con mi papá hasta allá a pie, ocho días nos tardábamos en llegar, íbamos a vender aguacates y granadillas.

En ese tiempo la comunidad construyó el camino que va a Chupol. Mi papá trabajó en esa carretera y nosotras íbamos a pie a dejarle la comida y los pixques¹. Por semanas se fueron a construir la carretera; decimos nosotros que eso fue un esfuerzo de los viejos, que se hizo a pura piocha, igual cuando fue el camino para Sololá, el camino que va para Guatemala.

Mis papás hacían candelas de las que les dicen flor y nosotras entonces nos arrodillábamos y ellos nos decían que le pidiéramos a Dios; las encendían, quemaban azúcar, trago, pan y pedían frijol, maíz, pedían todo y se les daba. Papá compraba unas seis libras de carne de marrano, que costaban 2 quetzales, y eso era lo que quemaban. Llevaba un galón de trago, lo regaba alrededor de toda la milpa y ningún animal se la comía, todo crecía. También mataba un pollo y regaba la sangre en todo el terreno y cuando salía la mazorca, venía roja. Mi papá solito sembraba siete cuerdas de milpa y cabal dos trojas² de maíz nos salían; cosechaba también ayotes³

1 Tamales grandes que se cortan para calentar.

2 Sitio para almacenar el grano.

3 Calabaza.

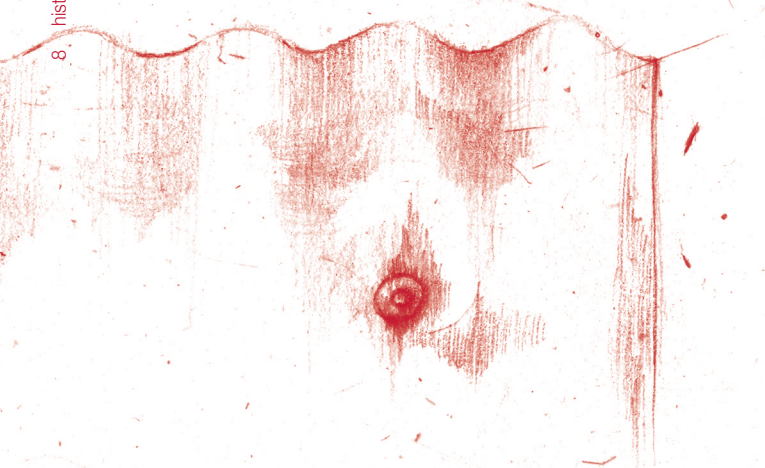
cada año y cuando tapiscaban, venía el caballo con la carga y lo recibían con incienso; cuando caía la mazorca alistaban las rosas y se las regaban encima, se tomaba atol hecho de la semilla del zapote y fresco de tamarindo, eso también lo echaban en el centro. Cuando se ordenaba toda la mazorca, mataban un gallo, lo pasaban encima y lo enterraban lejos del terreno. Mi papá decía: “eso es el corazón de la mazorca”. También se hacía ceremonia cuando se construía una casa y cuando nacía un niño se mataba un pollo, o si era niña se mataba una gallina, después ya no se hizo.

Mi abuelita era comadrona, ella me dijo que ya no fuera a recoger piedras, entonces a veces me iba con ella a preparar el temascal de las mujeres. Yo tenía una buena relación con ella, que era la mamá de mi papá; ella vivía aparte pero cuando empezó su enfermedad la cuidamos por un mes. Recuerdo que cuando iba a morir, decía: “no llores, nunca te pongas triste porque me voy”. Primero murió mi abuelita, después mi abuelo. Cuando ella murió, empezamos otra vez a trabajar en lo mismo, en la milpa, por eso cuando quedé viuda en la violencia, no lo sentí mucho, sabía trabajar, sembrar y rajar leña, no me costó tanto sin el esposo.

Nuestro abuelito decía: “no sé por qué nacieron sólo mujeres, lo que pasa es que su mamá les tiró piedras a los zopilotes, por eso no hay que tirarles piedras, porque sólo mujeres llega a tener una”. No sé si era verdad. A los otros abuelos no los conocimos, parece que mi mamá tenía cuatro años cuando su mamá murió.

Mi abuelito también decía: “mira patoja, yo soñé que vienen los aviones del cielo, vienen los televisores, los carros, todos van a venir, hasta va a venir luz, ¡ay van a ver! Ojalá estuviera yo vivo todavía, ustedes son los que van a ver eso, van a alcanzar eso”, y cabal lo que le dijeron en su sueño fue lo que pasó: vino la luz, vinieron aviones, pero ya no los vio. Yo tenía veinticinco años cuando llegó por primera vez un avión, después llegó una camioneta, después vinieron más y más.

Hubo un tiempo en que las cosas eran baratas pero después subió todo. Antes decía mi papá: “ahora tenemos 40 centavos, tenemos dinero”, y un año más o menos antes del terremoto del 76, dijo: “¡tengo 15 quetzales! ¿Y ahora m’ija, qué hago? ¿Compro un mi cajón, una mi vaca o qué?”. Se fue y cuando regresó traía una gran vaca, ya podíamos hacer queso; a los tres meses nació el bebé de la vaca.



Después del terremoto

Mis hermanas se casaron: Teodora de dieciocho, Nicolasa de dieciocho, Antonia a los quince años, y yo me quedé. Mi papá me dijo: “vos no vas a casarte, vas a quedarte aquí pues no hay quien me vaya a mantener”. Yo aguanté como doce años de estar con él, después del terremoto me casé y lo dejé.

Para el terremoto, ¡ay, Dios! Se acabó nuestra casa. Mi papá estaba enfermo, tenía mucho ardor en el estómago. Yo no dormía y él me dijo: “regálame un poco de atol porque ya me viene la muerte”, y cuando le di su atol en la boca, se escuchó como un rayo en el cielo y cayó la pared. Entonces, jalando de los pies a mi papá, lo saqué; acababa de sacarlo cuando cayó toda la casa. Le dije a mi mamá que saliera rápido, ella dejó su chamarra y salió corriendo. Escuché que la gente gritaba. Mucha gente murió. Como a la media hora vinieron los hombres preguntando: “¿no murieron? Venimos porque supimos que estaba enfermo su papá”. Yo dije: “No, estoy viva y logré sacar a mi papá”, ya después logramos curarlo.

Cuando conocí a mi esposo fue después del terremoto. No teníamos techo en nuestra casa, se había caído porque era de teja y habíamos puesto nylon encima, pero como hacíamos fuego, se puso negro, y éramos puras mujeres, no había quién hiciera el adobe. Mi papá estaba en cama y yo escuché la razón de que Vecinos Mundiales Guatemala daba lámina a los que se les había caído su casa; fui a la reunión y nos dieron diez hojas de lámina de catorce pies. Al que apuntaba le dije: “hazme el favor, pon mi nombre para la lámina, a nosotros nos

sirve”. “Ah, sólo les voy a dar a ustedes, no es necesario que se apunten porque él es mi suegro”, me dijo. “¿Y cómo es eso?”, le pregunté, “¿cómo te llamas?”. En eso mi hermana Teodora me dijo: “cuida la lámina aquí y vamos a cargar nosotros”, y el hombre se fue a cargar las láminas.

Antes no era la mujer la que le hablaba al hombre, sino que el hombre se la pedía al papá. Él le fue a decir a mi papá: “ahora me haces el favor de darme a tu hija. ¿Cuánto me pides por ella?”. Mi papá le dijo: “¡no es mi vaca para que la venda! Ella decide si quiere o no, yo no tengo forma para hacer que se vaya, sólo la tengo a ella”. No me daba y él le decía: “¿y si tomas y le pegas?”. “Yo nunca le he pegado, desde chiquitita. Les he enseñado a hacer su trabajo, ellas siembran milpa, bajan leña, juntan piedras, no son mujeres perezosas”, le decía. “Yo he visto que no es una mujer perezosa, por eso es que la estoy pidiendo”.

Al otro día llegó el hombre y me dijo: “ya pedí permiso, dice que te van a dar”. Una de mis hermanas me dijo: “¿para qué te vas? Nuestro papá se va a quedar solo y nosotros tenemos vacas, ¿quién las va a cuidar?”. Entonces no le hice caso al hombre, pero un día me mandaron a traer tres viajes de agua; ya llevaba dos y al tercer viaje me robó. Yo no quería irme, pero él traía a otro compañero y cuando venía con mi tinaja me agarró, tapó mis ojos y me llevó a tuto. Mi tinajita la dejaron sentadita en una piedra.

Hasta la semana regresamos con mi papá. Le dije: “yo no quería, él me robó cuando fui a traer agua”. Mi papá le pegó al hombre con un lazo y le dijo: “¿por qué te la quisiste llevar?”,

porque él estaba en la capital cuando me llevaron y cuando vino me estaba buscando, por las noches me llamaba. El hombre ya no quiso devolverme. Él ya tenía treinta y cinco años y se llamaba León Ortiz Smith; yo nunca me enamoré mucho de él, no me gustaba mucho.

Antes, si te robaban ya no te recibían, menos si había pasado una semana, pero a mí, después de que pasó un año, mi papá me dijo: “regresa. ¿Porqué me dejaste?”. Yo había adelgazado y me puse muy pálida, vivíamos con los suegros y no era igual a cuando estaba en mi casa, que preparaba atol o lo que yo quería comer; ahí no había forma de agarrar las cosas porque tenían dueño, no comía hasta que él regresaba, y si no llegaba, no comía.

Había un muchacho que había hablado conmigo, que era de Tecpán, pero como me habían robado, se quedó. Entonces le dije a mi papá: “si me das permiso, yo me quedo”. “¿Y qué te hace falta pues para regresar?”, me contestó. Al hombre le dije: “mi papá necesita que le costure y le lave su ropa”. Él me contestó que comprara azúcar, carne y le viniera a dejar a mis papás, pero no era lo mismo, por eso yo le dije: “si quieres te vas conmigo y si no, yo sí me voy”. Mi papá me había dicho: “si te regresas te dejo dos cuerdas de terreno donde vayas a vivir”, regresé, me buscaron mi terreno y ahí construí mi casa.

Lucio y Ovidio

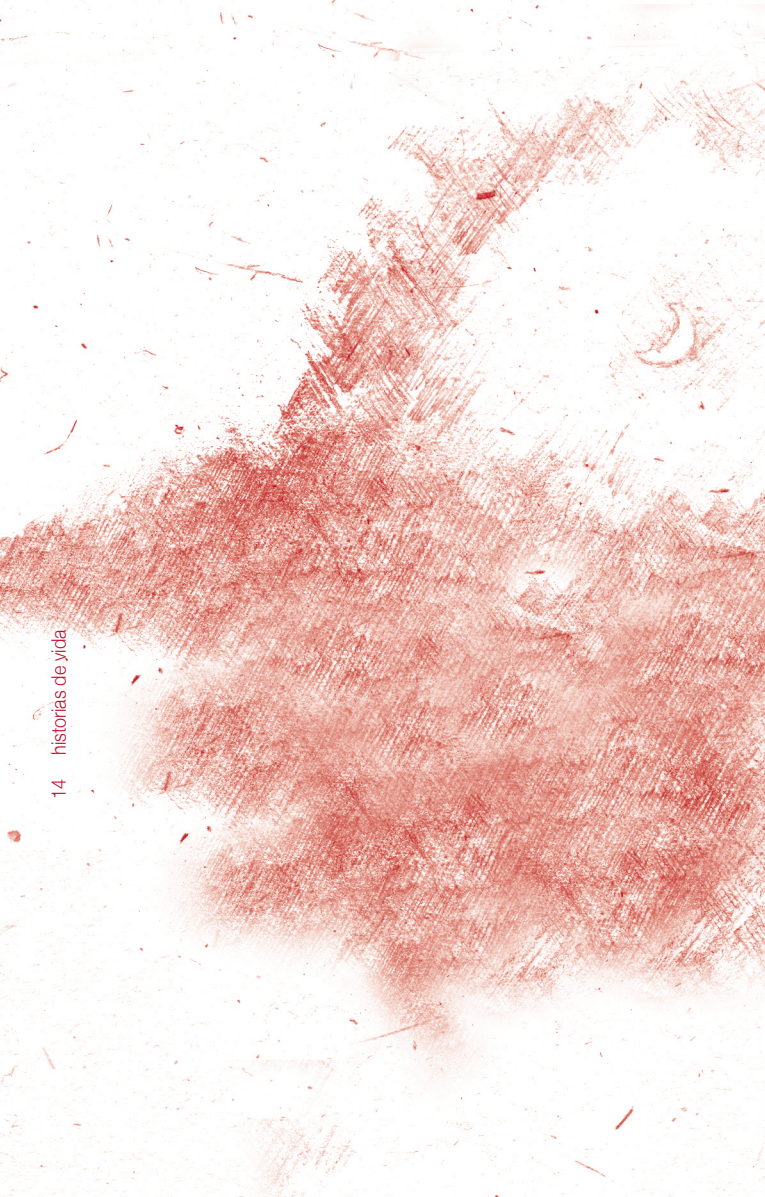
Regresé con mis papás y ahí con ellos nació mi bebé. Antes de eso, como yo no sabía nada, mi esposo me decía: “ya no vayas a tejer, que estás enferma”. “Yo no estoy enferma, a mí no me duele nada”, le dije, pero él sí sabía porque era promotor de salud en un grupo. En cambio a mí nadie me dijo, ni mi mamá; como hasta los dieciséis años me vino la regla; yo nadaba en agua fría y no hablaba de eso con mis hermanas, nos escondíamos pero no sabíamos porqué nos salía sangre, nunca nos platicaron.

Tampoco sabía lo que iba a pasar cuando ese hombre me robó; me asusté y me enojé mucho con él, hasta le pegué y le fui a dar la queja a su mamá: “¿Por qué me hace así? Mejor me regreso a mi casa, si él me hubiera dicho, yo no me hubiera quedado”, y ella me dijo: “es que así hacen los hombres”. Todavía después de que pasó eso, me vino dos veces la menstruación, pero como él se iba al trabajo, cuando llegaba ya no la tenía. Y un día, como a los dos meses de haber regresado, estuve con dolores y a las tres nació un bebé, en el año 77, en el temascal de la casa con una comadrona. Le dije a mi papá que yo no sabía que iba a tener un hijo, pero mi papá sí sabía y ya tenía comprada la ropa cuando nació mi bebé. “No te preocupes m’ija, ya compré ropita, hay un par para niña y un par para varón, ya tengo sus gorritas, como es varón ahora esto va a usar”. Así fue como vestimos al niño; mi papá rompió una jerga y un pantalón para envolverlo. Mi esposo antes había pasado nueve años con una mujer y nunca tuvo hijos, entonces la dejó y me llevó a mí.

Cuando nació nuestro hijo se reunió la gente, matamos cuatro pollos. Hicieron fiesta, comieron, tomaron trago. A los tres días mi esposo se fue de nuevo al trabajo, hasta entonces le compró los pañales. Nosotros no sabíamos, cuando uno era patojo nunca platicaba alguien con uno, no es como ahora que les enseñan a los niños, por eso nos costó mucho. Tener a ese niño a mí me gustó, lo cuidaba, lo cargaba en la espalda cuando no se dormía o cantaba con él, le compraba sus juguetes. Estuve muy alegre porque era varón y también su papá estuvo muy alegre, era su primer hijo.

Aunque ya tomaba, a mi mamá le gustó mucho el bebé porque ella no tenía varón, más cuando empezó a caminar; el bebé jugaba con mi papá, lo queríamos mucho y así creció. Como antes no había agua en el patio, tenía que acarrear agua desde un barranco, me lo llevaba en la espalda; a las tres de la tarde iba a traer tres viajes de agua, después iba a lavar mi nixtamal y con el niño en la espalda lo molía. Cuando empezó a caminar lo puse en un cajón que compramos, no quise que caminara en el suelo, por eso andaba bien limpio. El nombre que le pusimos fue Jeremías, ese nombre lo escogió su papá pero toda la gente le empezó a decir Lucio, porque al papá le gustaba mucho ese nombre, así se llamaba un señor ladino que era de la costa, entonces el niño se acostumbró a ese nombre.

Tuve dos niños, al año y medio del bebé anterior nació el otro y yo ni sabía que estaba embarazada, porque después de que nació mi primer bebé ya nunca me vino la menstruación, lo supe hasta que se empezó a mover. A ese segundo niño lo llamamos Ovidio.



En mi vida de casada no tuve problema: preparaba mi comida, la llevaba a los trabajadores y mi esposo me llegaba a encontrar allí. Nunca tuve problemas con él. Yo también trabajaba la tierra de mi padre; mi esposo me decía: “¿para qué vas? ¡Da vergüenza! Tenés niños, mejor que lo hagan los trabajadores”, pero a mí me gustaba trabajar, dejaba a un niño en el corral y al otro lo cargaba en mi espalda.

Sin ningún motivo

Ya en la violencia lo que más sucedía era los guerrilleros y soldados violaban a las mujeres. Ya no se podía pasear cuando llegaban, desde las cinco de la tarde ya no salíamos. En nuestra comunidad hubo masacre, fue en el caserío Patoquer, ahí murieron unos cien; cuarenta y cinco fueron sepultados y a los demás se los comieron los perros. En ese tiempo murió mi hermana Teodora, tenía un mes de haberse casado, su esposo murió con ella y ya tenían tres hijos.

Tuvimos que huir a la montaña, salimos de la casa, dejamos nuestros pollos y a saber qué se hicieron; los soldados se llevaron las gallinas, el ganado, las vacas, caballos y a todos nuestros perros los mataron e incendiaron la casa. Mi padre escondidas iba a alimentar a los animales y a recoger huevos, nos los dejaba entre los palos donde estábamos escondidas y nosotras buscábamos en dónde cocinarlos. Mi papá murió el 18 de marzo del 81, de ocho balazos. Cuando fue a traer huevos y llegó a dejarlos conmigo, me dijo: “agárralos rápido, voy a ver a otro compañero, por ahí ya vienen los soldados en

la escuela". "Dios mío, no te vayas", le dije y me colgué de él, le agarré su mano para que no se fuera, pero no hizo caso. Escuché después los balazos y la gente que llegó de la loma decía: "se murió don Fermín, todavía corrió como una cuadra pero lo alcanzaron y lo regresaron. Hasta por las cruces se vino a morir, le dieron en la cabeza, en el pecho y en la mandíbula". "Tu papá se murió, si lo querés ir a ver", me dijeron, pero qué iba a hacer con los niños, si empezaron a gritar entre los árboles y les amarraron la boca con trapos. "Abran hoyos para los niños, para que no maten a más gente", decían algunos, pero una señora dijo: "démosles un jocotito para que ya no lloren". Les repartió en sus manitas y así se calmaron. Entonces fui a ver si era cierto que estaba muerto mi papá y fue ahí cuando nos fuimos una semana al Pa labor.

Eso pasó porque la gente le inventó que tenía ocho hijos varones y lo acusaron de ser guerrillero, pero no era cierto, le perforaron todo el pecho sin ningún motivo. Cuando murió mi padre todo se acabó y fue triste. También murió mi hermana mayor, la que no se casó, la mataron a los treinta y cinco años.

Esa primera vez nos huimos de mi casa a la montaña y después regresamos. Mi esposo se fue a traer leña, pero de repente vinieron los soldados, entraron en mi casa y me dijeron que me saliera pero ahorita mismo. Agarré a uno de mis hijos y lo puse en mi espalda, agarré a mi otro hijo de la mano y nos encontramos con mi esposo en la orilla del camino. De ahí venían los soldados, saliendo de las montañas, y ya no pudimos hacer nada. Mi esposo venía cargando su leña cuando le dispararon y toda cayó al suelo, yo sólo le dije que

si se moría qué podía hacer yo, que me iba a quedar con los niños así. Bastantes soldados nos rodearon, nos quedamos parados y mi esposo les dijo: “si me matan, me matan, pero yo no soy ladrón, soy una persona honrada que trabajo con azadón y piocha”. Ellos le preguntaron “¿en dónde están tus materiales?”. Mi esposo les dijo: “se quedaron en la casa”. “¡Mentira, mentira!”, le dijeron y jalaron a mi bebé. “Deja a un niño aquí”. Dejé al niño parado en el camino y le dispararon, a mi niño Ovidio le cruzaron un balazo en su cabecita, tenía dos años.

En ese momento yo ya no sentí, agarré a mi otro hijo, corrimos, llegamos a la orilla de un camino y nos tiramos en el barranco, llegamos hasta el fondo donde están las piedras y no nos vieron. Como a las seis de la tarde regresé a ver a mi hijo y ya estaba muerto, pero mi esposo no murió, escuché que se lo habían llevado con varios, eran siete camiones los que llegaron y decidí seguirlos. Yo llevaba a mi hijo y me encomendaba a Dios porque ya estaba oscuro y saber qué nos podía pasar. Como a las tres de la tarde del otro día llegaron tres hombres y me dijeron: “¿por qué está sola, señora? Su hijo murió”, y como ellos le habían puesto un apodo, me dijeron: “el León murió, pobre de él, terminó su vida, se quebró su cabeza”. Me dijeron: “hay un grupo de mujeres allá, te vamos a dejar con ellas para que las sigas y no mueran”. Cuando llegamos, las mujeres me dijeron: “quédate con nosotras, mañana nos vamos a otro lugar”. Las acompañé y a mi madre ya no la vi, hasta como a la semana la encontré en la cárcel: “Dios mío, aquí estás, mamá”, y ella me preguntó de dónde venía y dónde estaba el otro niño; yo le dije: “la vida de mi hijo ya se

terminó”, y ella empezó a llorar. Unos hombres dijeron: “hoy en la tarde salimos y nos vamos hasta Palamá”. Nosotras nos fuimos con ellos, fue una decisión mala porque llegamos hacia los ejércitos cuando empezaron a incendiar los árboles y a disparar, no sabíamos qué hacer. Luego nos dirigimos a un río, bajamos y llegamos al camino que llega a Quiché, donde nos encontramos a otras personas; nos preguntaron qué estaba pasando y les contamos que nos habían seguido unos soldados, entonces nos dijeron que pasáramos a su casa para escondernos, que no tuviéramos pena.

Después encontré a mi cuñada María, y le conté que hacía dos días había muerto mi hijo. Le pregunté si había visto a su hermano y ella me contestó que sí, que le habían cortado una parte de su pierna y sus dedos, que lo tenían encañonado cargando una mochila y le pegaban, que él la conoció y le dijo: “María, por favor, regálame un poquito de agua”. “¿Cómo quieres que te dé agua si a mí me van a matar?”, le contestó ella; entonces él vio que había un pedazo de olla de barro y lo utilizó para tomar agua, los soldados lo levantaron y se lo llevaron.

Estábamos escondidos entre el monte, cuando vimos que pasaron como doscientos hombres y él estaba entre esos. Al mes nos reunimos y nos trajeron a Chimaltenango en un camión de soldados, a los hombres les colocaron leña en la espalda, a nosotras nos pusieron atrás costales para que nos vieran y llegamos frente a la iglesia. De ahí nos distribuyeron y fue cuando encontré a mi esposo, como no le podía hablar, sólo me dijo: “adiós”. Lo mataron en abril del 82.

A la costa

Le dije a mi mamá: “Dejémonos ante los soldados, quedémonos en la carretera”, queríamos morir. Había treinta y cinco viudas, nos juntaron en una casa, pero los niños se peleaban, por eso es que nos tuvimos que dividir otra vez, cada uno con su vida. Llegaron de nuevo los soldados y pasaron a la casa: “¿qué están haciendo?”. “Nuestra tortilla, tienen hambre mis hijos”. “¿Dónde están tus hijos?”. “Aquí están”. “Ah, bueno, ¿y no tienen pollos?”. “No tenemos”. “Ah, entonces ustedes son ladrones, recojan sus ponchos rápido, nos vamos a Poaquil. ¡Pero ahorita!”. Nos metieron en un camión y nos llevaron a Poaquil. Ahí nos fueron a dejar enfrente del juzgado y dijeron: “si están aquí todo el día, van a ser quemados”, y nosotros pensamos: “¿ahora a dónde nos vamos?”, y empezamos a dar vueltas. Lo bueno fue que me encontré con una señora y le dije que los soldados nos habían traído; ella me preguntó en dónde estaba mi mamá: “anda, tráela rápido y se quedan en mi casa”. Estuvimos una semana ahí. Yo andaba por las calles. Me encontré con un señor y me dijo: “¿hace cuánto llegaron?”. “Llevamos una semana”. “¿Y sus tortillas?”. “No tenemos”. “Ah, bueno, te vas conmigo mañana. Llevo gente a la costa, vamos a Acatenango, ahí hay trabajo y no hay peligro”. “Mejor nos vamos”, le dije a mi mamá. Estaban otros cuñados míos y les dije: “vamos a la costa, ¿para qué estamos aquí?”. Allá trabajé nueve meses y mi mamá se quedó en la casa. No había peligro, llegaban los soldados y sólo pasaban; encendíamos nuestro fuego y no decían nada. Así fue como estuve viva. A las tres nos sacaban del trabajo y cuando llegaba me ponía a tejer. Lograba sacar en una quincena 75 quetzales pero

regresé porque ya se había acabado el tiempo de la cosecha de granadas. Compré mi lámina, hice un pequeño cuarto. Las viudas que conocí empezaron a llegar conmigo y me dijeron: “¿qué hacemos? No tenemos comida, les damos una tortilla a nuestros hijos en todo el día”. Como yo venía de la costa y allí nos daban maíz cada tres días, regresé con maíz y les di un poquito a cada una.

Era el 83. Cada tres días pasaba el ejército por mi casa en Paley, controlando, nunca se cansaban. En el cementerio estuvo el destacamento siete años. Ante ellos hicimos nuestra casa de nuevo, después llegaron otra vez y nos dijeron: “la gente dice que son ladrones”, y a cuarenta viudas nos llevaron al destacamento a las once de la noche. Eran las doce y no nos abrían. “Ahora nos van a matar, ¿qué hacemos?”, decíamos. A la una de la mañana nos abrieron, cuando ya tenían escarbado un hoyo, pero los comisionados hablaron: “las mujeres no tienen la culpa, ya les mataron a sus esposos. Que Dios hable en sus corazones, ¿para qué van a matarlas? Los niños, pobrecitos, se van a quedar”. Los soldados nos dieron un somatón con el arma y nos venimos con ellos ante nosotras. Cuando llegamos a nuestra casa, hasta ese momento hicimos fuego y les dimos de comer a nuestros hijos.

Un día me fui a mi milpa con mi azadón; llevaba tres surcos cuando llegó un señor que era mi familiar y me preguntó: “¿estás trabajando?”. “Sí”. “Qué bonito está el niño en la sombra, pero tiene muchos mosquitos en su cara”. “Lástima, ¿qué voy a hacer?”. Entonces me dijo: “dame tu azadón, voy hacer tu trabajo”. Terminó una fila y me empezó a decir: “anda a Poaquil,

ya que tienes buena caña, haz media docena de canastas. Ahí les dan ayuda a las que sufren mucho”. “Gracias, si es cierto entonces voy. Préstame tu machete y voy a cortar mi caña”. Hice tres varas, llegué a mi casa, empecé a pelar la caña; mi mamá y yo hicimos media docena de canastas cada una.

Madre Antonia

Llegó el martes y fui a Poaquil. Encontré la ayuda y como otras mujeres me habían dicho que les avisara si sabía de algo, nos juntamos cuarenta viudas para pedir trabajo en donde las monjas; ellas nos daban hilo y nos enseñaban cómo hacer el tejido, nos íbamos a tejer de noche. Ahí también iba mi mamá, hacía su tejido aunque estuviera bola, porque tenía que ganar su dinero. Esa organización se llamaba Tejido Guadalupe, ahí estuvimos varios años. Primero trabajamos con madre Antonia, que fue la que inició el grupo; ella nos daba azúcar, maíz, arroz, frijol y leche para que comiéramos en la semana. También ellas nos ayudaron con láminas para parar nuestras casas.

Desde ahí fue cuando agarré la directiva, porque dijo madre Antonia que yo fuera la representante de las mujeres y que me daba medio quintal. A mí me gustó: cada vez que llegaban las reuniones y cada vez que llevaban el maíz yo las iba a convocar, por eso es que me acostumbré a trabajar y busqué instituciones, tuve un poco de conocimientos. Madre Antonia me dijo que había un programa que ayudaba a las mujeres: “hay que ayudar a las otras comunidades, yo sólo trabajo con las viudas. Busca otra institución, yo te voy a enseñar”. Fui a

una cooperativa y le avisé a la madre que yo no sabía hablar castilla, entonces ella me hizo la solicitud; al mes me llamaron, me dieron maíz y les di a las mujeres un quintal de maíz.

Madre Antonia era una gringa, estuvo seis años en Poaquil, cuando estaba todavía el destacamento; la sacaron a puro fuego, pues un hombre la denunció porque ella no quería que se metiera con las viudas; ese hombre dijo que los que estaban ahí eran guerrilleros, que ahí practicaban, que eso era lo que les enseñaba la madre Antonia. Los soldados llegaron, la agarraron del pelo y se la llevaron. La tuvieron cuatro años en la cárcel y a nosotras nos repartieron el hilo que quedaba para que lo termináramos porque ya no iba a seguir el trabajo.

Cuando salió la madre Antonia, pasamos un año sin tejer, ya no había de dónde sacar dinero. Nos juntamos otra vez y volvimos a pedir trabajo. En ese tiempo subió el precio del tejido, era un trabajo duro y por eso mi hijo y yo mejor buscamos la forma de sembrar café. Con el dinero que gané con el tejido, compré una vaca, y cuando la vendí, el dinero lo invertí en una tienda. Por eso pude mandar a mi hijo a la escuela, llegó a tercero y después sacó su cuarto en alfabetización, pero sólo hasta ahí.

Cuando Lucio ya tenía cuatro ocinco años, fue cuando me fui con las monjas a pedir trabajo de tejer y el niño me desenredaba el hilo, nunca jugaba, se acostumbró, se hizo hombre. A los ocho años le dije: “ya me aburrí del tejido”, y entonces él se fue a buscar trabajo; cuatro días se iba a trabajar con azadón y conseguía para pagar un mozo ya adulto, y a los ocho días terminaba de sembrar la milpa; en una semana de trabajo

juntaba 25 quetzales, me daba 20 y él se quedaba con los 5. Cuando llegó a los catorce años, trabajaba solito, con lo que ganaba iba a comprar al mercado y cuando regresaba del trabajo llegaba a desenredar más hilo. Él me ayudó bastante; de seis a una de la mañana no dormíamos, hasta que salía el tejido y como no había luz, él era quien agarraba la linterna para alumbrar; si uno se dormía, no había nada que comer, no había maíz, no nos quedaba nada.

“Vos sos guerrillera”

En ese año una señora que se llamaba doña Candelaria, de Saquitacaj, me inventó cosas, dijo que yo era guerrillera, que todas las semanas llegaban los guerrilleros a dejarme ropa y comida. Los soldados llegaron como al mes; yo escuché ruido detrás de la casa y pensé que ya era de día, encendí mi candela y abrí la puerta; en ese momento me agarraron y me taparon, fueron llegando más y más y de ahí me destaparon la cara y sólo había soldados. A mi hijo varoncito lo fui a jalar del poncho, lo cargué en mi espalda y de ahí lo bajaron. Agarraron a mi mamá, la bajaron de la cama, le amarraron las manos atrás. “¡Mostrá donde está la comida de los guerrilleros!”, gritaban. “No tengo nada, si lo que tengo es un poquito de nixtamal, un poco de tortillas”, les dije. Bajaron las tortillas: “¿dónde hay más?”. “No hay, sólo eso es, si sólo nosotros vivimos aquí”, y no lo creían. Llegaron los demás y fueron a buscar en todas las casas, llegó el auxiliar, me tenían amarrada en un palo y me decían que les mostrara la ropa de los guerrilleros. “No tengo nada, no los conozco”, le dije.

Él hizo entonces hizo un papel, mandaron ese documento a Poaquil, llegó al destacamento, llamaron por teléfono y hasta entonces regresaron, me patearon y nos desataron. Nos llamaron a Poaquil al día siguiente y el auxiliar me dijo: “cuando entres a la Municipalidad, cargas al nene, no lo vayas a dejar porque sino, te van a matar”. Mi mamá se fue conmigo, tenía pelada la muñeca de la mano porque la apretaron mucho y fue a mostrarla. Entonces el alcalde llamó a Candelaria: “¿porqué denunciaste a esta señora, cuándo viste la ropa que ella tenía?”. “Yo no dije nada”. “Decí”, y le pegaron con cincho. “Ya no la molesten, que quede así”, les dije. Pero a los quince días llegaron otra vez al patio y me violaron. Me querían matar, agarraron el cuchillo, me lo pusieron en el cuello; otro me tenía con el fusil en la espalda. Cuando di la vuelta había dos leñas, las agarré, le di un leñazo a un soldado y le quité el arma; los otros se enojaron y fue cuando me violaron. Uno era de Hacienda María. “Por algo nos hiciste así, Cornelia”, me dijo y llamó más soldados. Pasaron siete conmigo, me violaron, después me pegaron. Por la tarde, como a las cuatro, me levanté. Mi mamá estaba amarrada y hasta esa hora la fui a desatar, entonces llegó mi cuñado a ver si estábamos vivas. Al tercer día nos volvieron a llamar a Poaquil y yo pregunté: “¿por qué y quién es el que inventa eso?”. El teniente dijo: “yo soy de Canajal, doña Candelaria fue la que dijo que sos vos la que da práctica a los guerrilleros, por eso es que nos enojamos, pero si vos querés hacer la ley, mañana mismo vamos a traerla para que se termine de una vez, porque si no, algún día te van a matar”. Fueron otra vez a traer doña Candelaria y la amarraron. Cuando llegó, yo hablé con ella: “vos sos guerrillera”, me dijo, “qué pecado”. Le dije yo: “¿por qué estás diciendo eso? Por

favor, decime dónde me viste y qué clase de arma y cómo es la ropa de guerrillero que me estás echando. O, ¡anda a llamar a tus maridos que están por ahí, anda llamarlos a ver quién de nosotras se muere, vos o yo! Yo fui a la costa y vos te quedaste aquí en tu casa y me haces así”. Los soldados se juntaron a nuestro alrededor: “nosotros ya escarbamos en su casa y no encontramos nada. ¿Ahora vas a decir o no vas a decir?”, le decían con el arma en espalda. Entonces ella dijo: “perdonen, yo pensé que era bueno lo que hacía, pero lo inventé. Lo que a mí me duele es que ella estuvo con mi marido, talvez fueron amantes y yo no lo supe. Él era mi marido primero, por eso me dolió, porque por culpa de ella murió el hombre”. Entonces le dijeron: “¿vas a parar o no?”. Levantaron el acta y ella dijo que iba a parar, si me molestaba en la calle, le iba a caer.

Aunque me muriera, me moría con él

De la violación tuve un hijo en el 84, fue lo que me dejaron los soldados. Yo ya le había buscado el nombre a ese bebé y con mi cuñado fui a registrarlo. Cuando llegamos a Poaquil, estaban los soldados y dijeron: “¡ya viene mi hijo!”, me desataron al niño de la espalda, se juntaron y me dijeron que me lo iban a quitar: “sólo agarra el dinero”. “Yo no doy a mi hijo”, les dije. Entonces preguntaron: “¿qué vienen hacer aquí?”. Mi cuñado dijo que íbamos a registrar al niño y los soldados le preguntaron: “¿qué nombre le han buscado?”. “Jacobó”. “Ese no es su nombre. Se va llamar Rigoberto Antonio”. Nosotros no queríamos ese nombre. Entramos a la municipalidad y dijo el alcalde que entregara al niño: “no lo

dejo, es mío. Tal vez es mentira lo que van hacer y lo van a tirar al barranco”. El auxiliar me dijo: “no lo entregues, algún día él te va a ayudar”. Yo sentí que era mío y aunque me muriera, me moría con él: “es mío, lo quiero. Mataron al otro nene y él queda en su lugar, casi son iguales”. Entonces el alcalde dijo: “que se quede con vos aunque a veces comes y otras veces que no, pero qué vas hacer”. Por eso se levantó el acta sobre los soldados, para que no se lo llevaran.

En el 86, yo estaba en el patio, mi hijo estaba pequeño y yo le estaba dando de mamar y jugaba con él, cuando llegó otro señor y dijo: “yo vengo con usted ya que usted sobrevivió la violencia. ¿Tiene otras compañeras?”, y yo le dije: “sí, ¿qué es lo que desea saber?”, porque podía pasar algo, los soldados estaban cerca, iban de casa en casa. ¿Qué tal si se daban cuenta? Podía suceder algo malo. Él me dijo: “sí das tu nombre en Poaquil, te mandan ayuda. Te hago saber esto porque somos paisanos. Avisa a tus compañeras”. Le agradecí y dije que iba a hablar a una de mis compañeras y que la otra se encargaría de avisar en forma de cadena, entonces se fue el señor. Al ratito llegaron los soldados y me dijeron: “bueno, señora, ¿y qué pasó? ¿Por qué estaba platicando hace rato?”. Yo les dije: “le estoy cambiando el pañal a mi hijo, no había nadie conmigo”. “¡Mentira! Pase, vamos”. “¿Cómo que vamos? No soy tu mujer, estoy en mi casa. ¿Por qué voy a salir?”. Me obligaron a que me fuera con ellos. En eso venía mi cuñado, que se llama Esteban y que era comisionado, me hizo una señal con la mano y me detuve; los soldados me dijeron: “¿por qué te paraste?”. “Esperen, es que viene una de mis compañeras”. Esteban me preguntó que cómo me iba

a ir con los soldados y yo le conté: “ellos me fueron a traer a la casa, yo estaba haciendo mis cosas, cambiando a mi hijo; ellos me dijeron que los acompañara y como eran bastantes les obedecí, sólo Dios si me matan”, y él me dijo: “ahorita te alcanzamos, voy a llamar a mis compañeros”.

Yo estaba sentada enfrente de la escuela, llevaba a mis hijos, uno estaba en mi rodilla y el otro a la par mía, cuando se reunió la gente. Al rato llegaron doce camiones de soldados y mi cuñado me dijo: “¿qué hiciste pues, de qué te culpan?”. Yo volví a explicar y los comisionados dijeron: “no es posible agarrar a esta mujer, no ha cometido ningún delito. Si la hubieran encontrado con un hombre, haciendo documentos o hablando, entonces tienen derecho de acusarla. ¿Cómo es posible que vayan a traer una mujer que está cambiándole el pañal a su hijo?”. Los soldados preguntaron por el papá de mi hijo y yo les respondí: “¿cómo es que me preguntan por él? Si ustedes se lo llevaron y lo mataron. Este niño es de ustedes, por su culpa lo tengo; a mi hijo grande lo comieron pero este otro es mío”. Nos agarramos y discutí con ellos, me dijeron que tenía que estar encerrada por diez días en la casa abandonada, pero los comisionados no estaban de acuerdo, se turnaban en el corredor, en la puerta, y me daban de comer antes del mediodía; cambiaba a mi bebé dentro de la casa, los comisionados me pasaban la ropa seca. A los diez días los soldados me sacaron y me dijeron: “¡ándate a tu casa maldita, mañosa, cerota⁴!”, y yo les dije: “¡maldita tu madre!”, y me regresé a mi casa. Cuando entré ya no tuve miedo, luego el día viernes y me fui a Poaquil a hacer el mandado que dijo el señor y cabal encontramos la ayuda.

4 Que no vale nada, que es un estorbo.

A mí ya no me dio miedo

En ese tiempo de la violencia vi todo lo que les hicieron a las personas: les amarraron los pies, los quemaron y les abrieron el estómago. A algunos sí los enterramos, pero otros quedaron entre las piedras o debajo del campamento. Estuvimos como ratoncitos, que no hallan donde esconderse.

Me puse muy triste porque murieron mi hijo, mi esposo, mataron a mi papá, a mi cuñado, al abuelo de mi esposo, a mi suegra, a mi cuñada y se murieron mis hermanas. Murieron nueve en total, sólo nos quedamos dos con mi mamá. Sentía que mis pies y mis manos pesaban y me dormía hasta a las dos de la mañana, mi pensamiento daba vuelta, me despertaba otra vez a las cuatro. Me dieron pastillas para el sueño, pero nada.

Otra cosa que me pasó fue que engordé. Antes mi cuerpo era normal, ni muy gorda ni muy delgada; tenía pereza, pero ahora tal vez es aire lo que tengo, pues tampoco como mucho. Yo pienso que esas enfermedades vinieron porque tuvimos que huir de la casa y nos quedamos bajo la lluvia, no teníamos nada que ponernos abajo, estábamos en la humedad y acostumbrados a bañarnos en temascal; tal vez eso nos hizo mal y por eso se hincharon mis pies y mis manos. Todas las viudas sufrimos, hubo quienes se quedaron con cinco, seis o siete hijos; yo estuve al frente de ellas, busqué ayuda, hicimos tejidos y otros trabajos y así conseguimos la comida para nuestros hijos, así sobrevivimos.

Estuve dos años recibiendo un tratamiento psicológico en el que nos decían: “sus esposos están vivos. Hace como tres años que salieron de la aldea Saquitacaj y ahora están encerrados en Guatemala”, y nos decían que fuéramos a ver. Todos los hombres cargaban sus tarjetas de identificación que indicaban a qué aldea pertenecían, hicieron una fila y yo las observé, pero mi esposo no estaba entre ellos, sólo estaban los de Santa Polonia, Hacienda María Payal y Tecpán, de donde somos nosotros no estaban. Hasta hoy no sabemos si están vivos o no.

El alcalde también nos dijo que nuestros maridos no estaban muertos, que habían sido juzgados por asesinatos y que estaban cumpliendo condenas por veinte, treinta, veinticinco años de prisión y que no iban a quedar libres. Después dijo: “ya hace dos años que dijeron en la televisión que salieron libres pero se fueron a otro lado”. Yo pienso que lo más seguro es que mi esposo esté muerto, le quitaron partes de su cuerpo, cómo iba a sobrevivir. Se llevaron a treinta y cinco; nosotras estuvimos buscando del 87 al 90, viajando en avión y nada.

A mi hijo Jeremías le dije: “el terreno de tu papá pasa a ser tuyo”. En cambio mi hijo Rigoberto siente que no es de nuestra sangre sino que es de raza ladina. La gente decía: “¿por qué es así tu hijo?”, entonces él también decía: “¿por qué no soy igual que los demás? Me da vergüenza estar aquí”. La gente no lo veía bien, sufrió mucho de chiquito. A Jeremías le decían:

“¿acaso él es tu hermano? Él es ladino”, por eso después él le dijo: “¿acaso sos mi hermano?”. Entonces platicué con ellos de lo que sufrimos, les conté de cómo fue la muerte de mi esposo, porque Rigoberto preguntaba por su papá y Lucio decía: “vos no tenés papá, tu papá es soldado”, entonces preguntaba si lo podía ver y yo le decía: “no sé dónde está”. Mis hijos no se quieren; Rigoberto sólo ganó el quinto magisterio, se fue a Guatemala. Cuando tuve a ese niño, así como hice con el otro, siempre estuvo limpio, lo iba a dejar y a traer a la escuela para que no le pegaran en el camino, nunca lo perdí, le empecé a enseñar con un pizarrón en la casa las letras, los números, aprendió a trabajar. Por eso la gente hablaba y decía: “se muere por un niño sucio, hijo de ladino, hijo de soldado”.

Otra lucha que tuve fue la de conseguir mi casa. Cuando estaba Vinicio Cerezo de presidente, nos fuimos a solicitar audiencia; éramos dieciocho mujeres y mi hijo me dijo que si entrábamos al Palacio nos podían matar: “hay muchas armas alrededor y esas armas fueron las que mataron a mi papá”. Yo le dije que su papá ya había muerto y que nosotros estábamos vivos. Entramos y yo le dije “buenos días” al presidente. “Buenos días, señoras”, nos dijo, “señora, no hable el español, es pecado, si somos iguales”. Entonces nosotras nos sentimos mal y le dijimos que no le podíamos hablar en kaqchikel, que era el gobierno de nuestro país y que podía ser un delito. Entonces nos preguntó: “¿cuál es su asunto señoras? Yo soy de Comalapa y ustedes de Poaquil. Somos de la misma raza, yo no hago excepción de personas”. Expusimos nuestras peticiones: “nuestros esposos se murieron, se quemó la documentación de nuestras casas, le suplicamos que se

encargue de esa deuda”. Le contamos que no teníamos qué comer, que cuando estuvimos en la montaña no teníamos ropa. Él nos escuchó y nos dijo: “está bien, no tengan pena, yo les voy a pagar la deuda y si quieren regresar, lo pueden hacer”. A mí no me dio miedo y le dije a mi hijo: “¿ya viste? No nos mataron, hasta le dio pena vernos hablar en español porque somos las mismas personas”.

Y fuimos una vez y otra vez hasta que pagó la deuda; cuando llegaron los del gobierno a nuestra aldea, hicimos una fiesta, ¡ya teníamos casas! A los tres meses mandaron chamarras, una arroba de azúcar, medio quintal de masa; ahí es cuando surgió la envidia con los hombres, porque ellos también tenían deudas y no las habían pagado.

Mi hijo creció y me dijo que no me casara porque él podía mantenerme, por eso no me volví a casar aunque muchos me lo aconsejaron, pero yo pensé: “si busco otro hombre, otros niños van a venir. Si toma licor, me va a pegar. Mejor así, el otro no me gustaba y nunca me pegó en los cinco años que estuvimos juntos”. No pensé en casarme ni con el que me dijo la primera vez que me fuera con él, porque cuando murió mi esposo él llegó: “ahora terminemos el trato, se murió mi mujer”. Yo le dije: “olvídate, yo no me voy, tengo hijos, mi confianza es mi hijo”.

También entré a la religión evangélica hace como cinco años. Eso fue en el tiempo en que llegaron los que escarbaron a los muertos con nosotros. La señora licenciada se llamaba Patricia y le decían Pati. Cuando se sacaron los muertos

me puse muy triste, porque enterré sola a los treinta y cinco cadáveres. No tenía de dónde sacar dinero y les dije a mis hijos: “¿ahora qué vamos a hacer, si es bastante el dinero que se va a necesitar?”. Ellos me dijeron: “¡ah, es tu gana que escarben los muertos! Se hubieran quedado ahí”. ¡Dios mío! Llegó el día y nada, pero entonces un señor en Tecpán me dijo: “vos estás triste, se te nota”; me quería invitar un agua pero yo le dije que no, si una toma un agua sola con un hombre hablan de uno, pero él me siguió diciendo que no me preocupara y al fin que acepté. Le dije que dentro de ocho días iban a escarbar a los muertos y yo no tenía dinero. “Ah, toma tu agua, pues”, me dijo y empezó a escribir; después pidió que firmara y yo le pregunté: “¿por qué tengo que dar mi firma?”, pues nos han dicho que nunca demos nuestra firma, ni el número de cédula. El señor me dijo que quería dejarme un cheque: “en tal banco vas a entrar, anda, todavía es hora para que saques el dinero. El papel lo guardas y cuando nos volvamos a encontrar te voy a preguntar si te dieron cabal el dinero”. “Gracias”, le dije, fui al banco y me dieron 700, con eso compré comida para los que realizaron la exhumación.

Ese señor también me dijo que cuando se terminara el dinero, había una institución donde estaban unos antropólogos: “anda ahí, talvez te apoyen. Si no te contestan, vas con el alcalde”. Fui con el alcalde, fui con los antropólogos y me dieron 200, así poco a poco se juntó el dinero. Volvieron a venir al año los de la exhumación con los huesos de treinta y cinco cadáveres y tuve que volver a buscar dinero; eran como trescientas personas, no sólo los que escarbaron sino el ministro de la defensa, el ministerio público, el alcalde, Derechos Humanos. ¡Dios mío!

Otra vez tuve que ir juntando poco a poco. Eso fue duro y me tocó solita, porque los familiares no se comprometieron.

Lo que más me dio fuerzas fue cuando me dijeron los del Ministerio Público: “señora, prepárese para contar su historia, nosotros le vamos estar apoyando, usted es una mujer valiente”. Expuse mi historia ante dos mil hombres en el cementerio; les dije que observaran las treinta y cinco osamentas que no tenían pariente para identificarlos, que talvez tenían dueño pero no habían venido y me habían dejado sola.

Desenterraron a los que habían secuestrado, a los que fueron quemados, de Paracuey, de Xepanil y de otras aldeas como Hacienda María. Los habían cerca de las escuelas, por eso es que me puse triste. Cuando terminamos de enterrarlos, ahí sí lloré, fue tremendo lo que sentí. La gente comenzó a hablar de que me habían dado medio millón y por eso me enfermé también. Patricia me dijo que no estuviera triste aunque la gente hablara cosas, también llegaron las mujeres conmigo, pero yo me puse tan triste que por poco me muero.

Un día llegaron unos hombres, la Pati y un gringo. Mi hijo y mi hermana se sentaron a la par mía y se pusieron a hacer oración junto con los hombres. “Es un mal espíritu el que la tiene agarrada”, decían, me echaron agua fresca encima y poco a poco fui despertando, ya no sentía que me iba a morir; reconocí las caras, sentí que me curé y entonces me dijeron que yo había encontrado trabajo con Dios, en la iglesia evangélica, desde ahí acepté la palabra de Dios. Sólo tenemos la confianza en él, qué podemos hacer si esas cosas ya

pasaron, ya estamos resignados. Cada año me acuerdo de mi hijo muerto en el día de su cumpleaños y pienso en un mensaje que dice: “ya no recordéis a los muertos, pensad en el futuro, en las cosas que van a pasar y en el día de la muerte, hay que ver lo que Dios sufrió”, eso es lo que me ha ayudado también un poco a dejar a un lado mi dolor, pero en momentos sale, ahí está guardado. Nunca, jamás, olvidaré que vi todo esto.

Con los antropólogos estuve recibiendo cursos dos años, ahí iba con mi hijo. Llegaron como trescientas personas de Cuba, Italia y China. Les conté mi historia, me dijeron que buscarían una fecha, que me pagarían el transporte, la visa y todos los gastos para que yo fuera a contar lo que me pasó al presidente y a otras partes de esos países, que iba a tener un intérprete, que lo que me habían hecho estaba en contra de la ley. Yo les dije que estaba bien y que no tenía miedo porque tengo el respaldo de los derechos humanos y porque lo que he pasado es verdad y no se puede quedar así, no se pueden quedar ahí pudriéndose sus huesos. Alguna gente me ha dicho que no me vaya a lamentar de las consecuencias pero a mí no me importa ir la cárcel. Todavía estoy en espera, sólo otras personas de la comunidad se han ido ya.

Así he hecho y eso que no estuve en la escuela, sólo me metí en la alfabetización y saqué tercero. No me extraña no poder hablar español, ni poder escribir o leer, mis hijos dicen que por qué hago esas cosas si no hablo español, que cómo es que me prestan atención. Yo les digo que me tienen que escuchar porque no digo mentiras, sino la verdad, tienen que entender lo que les digo.



¡Qué bonito su pilón, qué chulo su café!

A los dieciocho años mi hijo Lucio buscó mujer y se fue lejos, a los Estados Unidos. Rigoberto se fue a los Estados Unidos también; estuvo ocho años en la capital trabajando en la cocina de un restaurante, cada quince días venía y los hombres le empezaban a silbar y decían: “ya viene el hombre blanco”, y eso a mí me dolía. Por eso cuando buscó mujer también se la llevó a la capital. Las mujeres de mis hijos viven conmigo, junto con seis nietos: uno es del Canche, que así le decimos, y cinco del otro. Mi hijo Rigoberto me manda dinero y Jeremías no, porque dice: “como vivís con los niños, come con ellos, no hay problema”. El otro me manda mis 200 quetzales aparte de lo que manda a su familia.

Ahora mi mamá ya tiene ochenta y siete años y sigue tomando trago, por eso es que está enferma. Hace poco se murió mi hermana de diabetes, fue tremendo lo que le pasó, algunas personas decían que fue a causa de la brujería, porque le pasaron cosas muy raras; yo la estuve cuidando. Ella decía que pensáramos en nosotros cuando muriera, porque ella estaba con Dios, que sólo su cuerpo se iba a quedar y su corazón iba directo con Dios.

Cuando murió, empezó a llegar mucha gente y hasta por la tarde me acordé de mi mamá: “¿dónde se fue? No está”. La fueron a buscar y la encontraron en el monte sentada, llorando amargamente. Después de eso se enfermó. Yo no he estado tranquila, ahora tengo que cuidar de ella también. Es cierto que toma, pero siempre nos hemos acompañado, después

de la muerte de mi papá anduvimos juntas en todos lados. Me preocupa porque mi hermana, cuando ya se iba a morir, me dijo: "mi papá me dijo que ya poco tiempo estará viva nuestra mamá, ya no va a tardar. Cuídenla, se tiene que ir".

Ahora tengo cincuenta y cuatro años. La organización que comencé de Tejidos Guadalupe sigue, ahora se llama Cooperativa Guadalupe. Yo ya no participo porque no aguanto tejer, me duelen mucho mis pies. Me he enfermado duro, he tenido que ir al hospital, pero todas las mujeres con las que trabajé durante la guerra en la cooperativa de tejidos me fueron a ver y llegaban a lavar mi ropa, llevaban pan y azúcar, hubo hasta quienes dejaron 10 ó 15 quetzales: "para que le compren jugo", decían. Yo les digo: "hagamos como hacen los muchachos, que siempre van juntos. Así debemos estar nosotras, no debemos temerle a nadie, tenemos que ser fuertes". Hasta ahora no tengo miedo. A saber si es mi suerte que aunque haya problemas los he sabido solucionar. Siempre trabajo, tengo mi tienda. Además somos ochenta y cinco mujeres que trabajamos con pilón, encina y café. ¡Qué bonito su pilón, qué chulo su café! Ya está bien su trabajo como mujeres organizadas.

San José Poaquil, 2006

En 2005, Carolina se encuentra con Actoras de Cambio. Decide unirse a otras 54 mujeres mayas de diferentes regiones del país, para empezar a hablar de la violación sexual sufrida durante la guerra y cambiar el destino que le había sido impuesto.

En este proceso, rompe el silencio, descarga su corazón, deja las ataduras de la culpa, de la vergüenza y del terror impreso en la piel. *Un arroyo es el camino que trajimos. Antes, había un montón de basura en este río, ahora quedó todo lo bueno, ahora ya estamos limpias como este río. La tristeza ya no la siento, pues ya la saqué. Ahora yo estoy tranquila y feliz.*

Juntas levantan la mirada. *¡La vergüenza es de ellos, no de nosotras! Cuando aclaré todos mis sentimientos, todo lo que sufrí en el tiempo de guerra, como que fue la medicina para mí. Me sentí una mujer grande.*

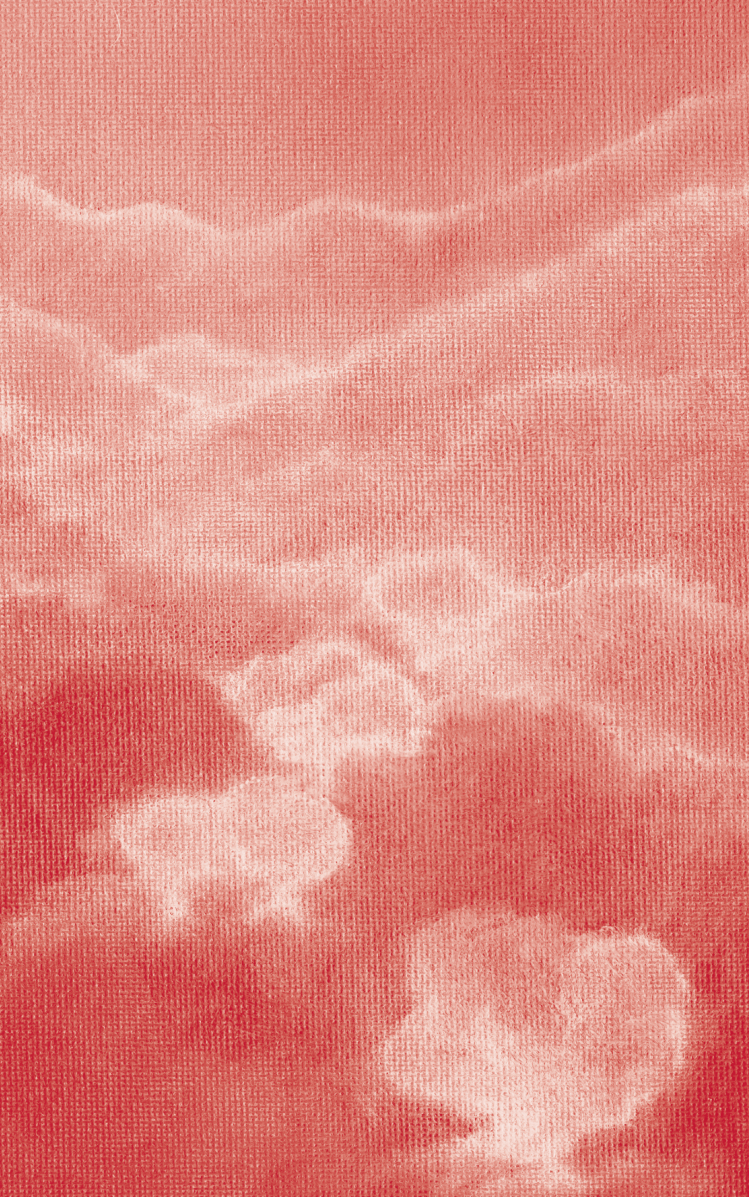
Acompañadas de otras mujeres, recuperan la posibilidad de sentirse dignas, seguras y cómodas con su propio cuerpo; recuperan las ganas de reír y de bailar. Más allá de sobrevivir, empiezan a vivir... *Pusimos hojas y flores al árbol.*

Y porque no quieren que le vuelva a pasar a otra mujer, ni a sus hijas, ni a sus nietas, deciden alzar la voz y recuperar la memoria de lo ocurrido a las mujeres mayas durante la guerra.

Hay que seguir hablando, hay que seguir diciendo, y seguir exigiendo nuestros derechos a la justicia, porque no es justo que nos violen, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas y a las mujeres.



1. Todo este proceso colectivo de sanación, autoconciencia, y reconstrucción de la vida ha sido registrado por el libro "Tejidos que lleva el alma", Amandine Fulchiron (coord.), Angélica López y Olga Alicia Paz, F&G Editores, 2009.
2. Desde el año 2008, lo han hecho en diferentes espacios públicos. Ver en particular las memorias del Festival por la memoria de Huehuetenango, "Sobreviví, Estoy Aquí, Estoy Viva"; y de Chimaltenango, "Yo soy voz de la memoria y cuerpo de la libertad".



Estas nueve historias de vida se inscriben en un proceso de recuperación de la memoria en el que mujeres mayas decidieron romper el silencio y sanar las heridas dejadas por los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra ellas durante la guerra. Sus historias fueron la base del libro "Tejidos que lleva el alma. Memoria de las mujeres mayas sobrevivientes de violación sexual durante el conflicto armado".

A través de su voz, están convocando a la sociedad a conocer esta parte silenciada de la historia, a desarticular la guerra, el racismo y la violencia sexual de nuestras vidas, y escribir otra historia de dignidad, libertad y bienestar para todas las mujeres y la humanidad en su conjunto.

¡Gracias mujeres maravillosas por haber levantado la voz con tanta valentía, fuerza y dignidad!

¡Que sus voces sirvan de semilla para que algún día, no muy lejano, ya no le hagan daño ni a las niñas, ni a las mujeres!

**COLECTIVA
ACTORAS DE CAMBIO**